

## Presencia de Hegel en América

Carlos E. Paladines  
Ecuador

“América cae fuera del terreno donde, hasta ahora, ha tenido lugar la historia universal. Todo cuanto ha venido ocurriendo en ella no es más que un acto del Viejo Mundo y la expresión de una vitalidad ajena.”

### 1. Consideraciones preliminares

Existen diferentes formas y grados de presencia de Hegel en América. Hace falta, por lo mismo, precisar que el presente ensayo no intenta agotar, ni enumerar toda esa amplia gama de formas y grados de presencia.

Este artículo, por ejemplo, no es una requisitoria bibliográfica sobre los principales estudios y estudiosos latinoamericanos de Hegel. No hablaremos, sino tan sólo de pasada, de Astrada, Zea, Gaos... personalidades de cuyas obras no se podrá prescindir en un rastreo de esta índole.

Tampoco este artículo desentrañará aquellos textos en que en forma indirecta y solapada Jorge Guillermo Federico Hegel apunta hacia América; textos que ocultan entre líneas significados segundos; textos bajo cuya inocencia laten alarmantes contenidos. No se investigarán los célebres parágrafos 244-247 de la *Filosofía del Derecho* (1820), donde Hegel traza el pacto colonial que los imperios europeos deberían imponer a sus colonias o a sus posibles neo-colonias, con el objeto de solventar sus propias contradicciones: sobreproducción y sobrepoblación.

En forma visionaria en esos parágrafos Hegel dibujó el futuro, tema tan poco apreciado por él, al indicar que, “a causa de su propia dinámica, la sociedad civil

es conducida más allá de sus propios límites como sociedad definida y completa” y que por ende, “debía buscar fuera, en otros pueblos a los consumidores, y, por lo tanto, los medios necesarios de su subsistencia”, es decir, intentar crear nuevos mercados para dar salida a los productos de una superproducción industrial creciente y seguir una política de expansión económica y colonización sistemática hacia aquellos pueblos atrasados, que en recompensa debían proporcionarle sus materias primas. El futuro le ha dado la razón y sus consejos no han caído en el vacío<sup>1</sup>.

Tampoco hablaremos del desarrollo del pensamiento hegeliano en Latinoamérica. Su etapa de introducción a través predominantemente de corrientes políticas como la krausista que vertebró el más importante movimiento argentino de fines del S. XIX y comienzos del XX, el radicalismo, con Hipólito Yrigoyen a la cabeza, 1850-1933<sup>2</sup>.

Su etapa de consolidación, al adquirir los estudios hegelianos carta de ciudadanía en nuestras universidades alrededor de 1940. Su etapa de implementación, al recibir un gran refuerzo de parte de algunos estudiosos del marxismo, etc.

En este ensayo sólo abordaremos dos temas: I. *Hegel y su pensamiento explícito sobre América*, deteniéndonos en lo que se refiere a Latinoamérica, y en base a esos contenidos mostraremos algunas incidencias de los planteamientos hegelianos en el pensar latinoamericano. II. *Hegel y la filosofía latinoamericana*.

## 2. Hegel y su pensamiento explícito sobre América

Los textos clave al respecto se encuentran en las *Lecciones de Filosofía de la Historia*<sup>3</sup>, libro que fue editado a mediados de 1837 y que consta de una introducción y cuatro grandes partes: el mundo oriental, el mundo griego, el mundo romano y el mundo germánico. Sobre América se trata exclusivamente en la introducción, cuando Hegel habla de la base geográfica de la historia universal.

No se habla sobre América en las partes dedicadas propiamente a la historia. La *Filosofía de la Historia* hegeliana no incorpora a América, pues según Hegel:

“América cae fuera del terreno donde, hasta ahora, ha tenido lugar la historia universal (...) Hemos concluido ya con el Nuevo Mundo, y los ensueños que lleva consigo; pasamos ahora, al Viejo Mundo, o sea, al escenario de la historia universal”<sup>4</sup>.

En otros términos, Hegel habla de América cuando analiza el “modo natural”, el “suelo” en el que se manifiesta y despliega el espíritu; el local exterior que se corresponde perfectamente con el tipo y el carácter del pueblo hijo de ese suelo<sup>5</sup>. Precisamente, aquí radica la desventaja de América. El suelo americano ¡qué decir de sus hombres!, se ha mostrado siempre y se seguirá mostrando, según Hegel, flojo y poco apto para el espíritu. Tierras como las americanas nos dice: “son no sólo relativamente nuevas, sino nuevas del todo, lo cual pone de manifiesto su gran inmadurez física”<sup>6</sup>.

Hegel, al contemplar América como naturaleza sobre la que aún no ha reposado el espíritu y, además, como naturaleza inmadura no hace más que plasmar o estructurar las actitudes y posiciones del hombre europeo sobre América; dibujar una de las tantas imágenes que los europeos se han hecho de nosotros. Con anterioridad a él y con posterioridad a él diferentes autores europeos han ido plasmando diversas concepciones sobre América, concepciones unas más benignas que otras, pero ninguna tan terrible como la de Hegel. Examinemos algunas de ellas.

Recordemos rápidamente la “Carta sobre el descubrimiento” en la que Colón estructuró dos ideas, que con el andar del tiempo se convirtieron en lugares comunes: América como tierra de exuberancia y el indígena americano como un ser sencillo, feliz y virtuoso. Este idílico cuadro del “buen salvaje” americano contrasta con aquel otro que presentaba a los indios como seres inferiores, cuasi humanos, intermediarios entre el hombre y los animales. Recuérdese las primeras disputas filosóficas que se dieron en América y que fueron en torno a la naturaleza del indio; disputas que pusieron en crisis los conceptos clásicos del hombre europeo.

También, recordemos que para algunos utopistas, Thomas Moro y Tomaso de Campanella, por ejemplo, el continente recién descubierto podía transformarse en el futuro de Europa, en el campo donde realizar una justicia más igual ya que allá era imposible realizarla. Una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una utopía, era factible construir en América<sup>7</sup>.

También recordemos aquella otra versión de América, como “pueblo joven”. Por 1930, en La Plata y Buenos Aires, José Ortega y Gasset no se cansaba de repetir, por activa y por pasiva:

“... venir acá (América es para nosotros europeos una etapa de sanatorio), es un baño mágico, una inmersión en una esencia como eléctrica que al menos a mí y compadezco al europeo lo bastante torpe para no saber sentirlo que, al menos a mí, me refresca, me renueva, me hace retoñar, me regala primaveras, me poda decrepitudes y me instauro en vida nueva (...) Es, repito, que la vida aquí tiene otra edad que en Europa y es quieran ustedes o no, hagan lo que hagan contra ello, una vida adolescente”<sup>8</sup>.

Estas optimistas visiones de América como “tierra de exuberancia”, “futuro de Europa”, “juventud añorada”, son al mismo tiempo negación de América, pues no son más que una forma de pensar sobre Europa con materiales americanos; pretextos que aun hablando de América no hacen más que negar nuestra propia especificidad; ingeniosos consejos que intentan volver a recogernos a su seno en base a gastadas admoniciones: ¡la juventud si no quiere precipitarse, debe ser toda oídos a la voz de la madurez y la experiencia!

Si comparamos las anteriores imágenes con la que nos presenta Hegel, nos daremos cuenta de que la mirada del fundador del “idealismo absoluto” es la que más intenta condenarnos, puesto que no nos permite ser ni jóvenes, ni siquiera el futuro de Europa al que aspiraban conducirnos los utopistas de tiempos del Renacimiento. Veamos en detalle esta “leyenda negra de América” elaborada por Hegel.

Hegel, al contrario de los utopistas, no ve ni habla del futuro de América. Fiel a sus principios se niega a hablar de lo que está por nacer; reacio a mirar más allá de Europa y de su tiempo termina en estos términos sus reflexiones sobre América, reflexiones sumamente cortas, apenas tres páginas en una obra de cuatrocientas setenta:

“En cuanto país del futuro, aquí no nos interesa; pues en el aspecto histórico, el objeto de nuestra atención nos viene dado por lo que ha sido y lo que es”<sup>9</sup>.

Hegel, tampoco habla de la juventud de América como estadio de vitalidad y exuberancia, sino más bien como un estado de debilidad física y espiritual; debilidad que Hegel transforma en constitutivo intrínseco de la tierra y de los hombres americanos. Fiel hijo del pensamiento europeo de ese entonces, manifiesta un gran desprecio aun de nuestra geografía y al mismo tiempo sobrevalora lo suyo. Al igual que el Conde de Keyserling, que encontraba hasta en el trinar de nuestros pájaros nada más que graznidos y en el canto del ruiseñor europeo la quintaesencia de las notas musicales; Hegel verá el auténtico escenario para la historia universal en la zona templada y más en especial en su parte septentrional, donde la tierra tiene la configuración de continente y posee un amplio pecho, como decían los griegos, y se cuenta con muchas especies de animales y productos naturales; al contrario de América donde las tierras se escinden en formas alargadas y las formas naturales se individualizan unas de otras con pésimos efectos aun para los productos naturales<sup>10</sup>.

En concomitancia con esta debilidad del suelo americano, con esta disgregación que es la forma de la naturalidad, Hegel encuentra la debilidad espiritual del hombre americano. Coherente con la tesis de que al tipo natural de la localidad ha de corresponder perfectamente el tipo de carácter del pueblo hijo de ese suelo, presenta a los pobres latinoamericanos como seres que no pueden volverse a lo universal y lo superior, tal vez por lo obligados que están a dirigir su atención a la naturaleza, a los abrasadores rayos del sol equinoccial.

“El principal carácter de los americanos de estas comarcas, dice, es su mansedumbre y falta de ímpetu, así como una humildad y sumisión rastrera frente a un criollo y más aún frente a un europeo, y pasará todavía mucho tiempo hasta que los europeos lleguen a infundirles un poco de amor propio”<sup>11</sup>.

Y a estas notas de la debilidad espiritual del hombre americano, Hegel añade una más; la debilidad física:

“La flojedad natural de los americanos fue el motivo determinante para llevar a los negros a América, con el objeto de emplear sus fuerzas para la realización de los trabajos: pues los negros son mucho más sensibles que los indios a la cultura europea, habiendo un viajero inglés aducido ejemplos de que algunos negros se han convertido en eficientes sacerdotes, médicos, etc. (...) al paso que sólo conoció un indígena que se decidió a estudiar, si bien murió pronto...”<sup>12</sup>.

Refuerza Hegel sus disquisiciones sobre la debilidad americana señalando que la cultura anterior a la conquista era igualmente defectuosa.

“De América y su cultura anterior a la conquista, especialmente por lo que se refiere a México y Perú, es cierto que poseemos noticias, pero nos dicen precisamente que esa cultura tenía un carácter del todo natural, destinado a extinguirse tan pronto como el espíritu se le aproximara. América se ha mostrado siempre y se sigue mostrando floja tanto física como espiritualmente”<sup>13</sup>.

Termina Hegel sus disquisiciones sobre la debilidad física y espiritual de América y de sus hombres señalando similar debilidad en las estructuras políticas de estos países. La inestabilidad es para Hegel el talón de fondo de nuestro drama político y una prueba más de nuestra inmadurez, que ni la fuerza militar es capaz de sosegar.

“Por el contrario, en América del Sur las Repúblicas se basan tan sólo en el poder militar, toda su historia es una continua revuelta; algunos estados federados se disgregan, otros vuelven a unirse, y todos esos cambios debidos a revoluciones de tipo militar”<sup>14</sup>.

Sobre la inestabilidad de nuestra vida política sobran ejemplos. En 1963 Latinoamérica contaba con 4 países bajo dictadura militar y 16 bajo gobierno civil; hoy, en 1975, contamos con 11 bajo gobierno militar y tan sólo 9 países bajo régimen democrático o republicano. El mismo caso ecuatoriano es significativo, ya que en ciento cuarenta años de vida independiente hemos tenido unos 108 gobiernos, de los cuales tan sólo 40 han sido constitucionales; entre 1925 y 1948, se sucedieron alrededor de 37 gobernantes.

A pesar de la objetividad de estos datos cabe hacerse algunas preguntas. Por ejemplo, ¿Por qué las formas políticas europeas son la regla de medida de nuestros países?; ¿Por qué Europa es auditorio, y juez, y testigo de cuanto ocurre entre nosotros?; ¿No es esto una inflación de conceptos, un trasplante mecánico de esquemas?; ¿No es esta una tendencia encaminada a aplicar una noción política –estabilidad– a más objetos de conocimiento de los que objetivamente posee?

Más aún, cabría preguntarse si la tan soñada “estabilidad política europea” es tal, pues dos guerras mundiales y los continuos repartos y entendimientos que se han dado en Europa transforman esa noción también para ellos en algo que les queda demasiado grande.

En conclusión, no hemos descubierto visión más despreciativa de América que esta que niega no sólo el vivir, sino hasta el sobrevivir del hombre americano; no sólo sus dimensiones humanas, sino hasta las biológicas y geográficas. Para terminar y aun a riesgo de cansar, cito un texto que cierra con broche de oro la visión hegeliana:

“La inferioridad de esos individuos en todos sentidos, incluso con respecto a la estatura, puede ser apreciada en todo”<sup>15</sup>.

Sobre el impacto de esta “leyenda negra de América” en nuestro pensamiento y en nuestra existencia, nada mejor que citar a un entendido historiador del pensamiento latinoamericano:

“Hegel, tiene la enorme virtud, a más de otras, de haber tematizado una serie de cuestiones que se encontraban latentes en el pensamiento europeo posterior al descubrimiento de América, y sobre las cuales el europeo había organizado sus relaciones con las otras culturas humanas del globo, sometidas violentamente a la colonización. Con su doctrina del «hombre natural», Hegel dará forma temática a un conjunto de respuestas dadas en diversos campos del saber europeo, y a las respuestas dadas de hecho, justamente en relación con la naturaleza de América y del hombre americano. Conocer esta tematización en su estructura científica y en su trasfondo ideológico, es de la más alta importancia, dado que, aunque parezca mentira, aún en nuestros días reflota una y otra vez la sombra de Hegel en estas cuestiones”<sup>16</sup>.

Sobre la perennidad de las tesis hegelianas, en nuestro medio, bastará hacer memoria de las conversaciones y juicios de los señores de la tierra sobre la indolencia, tristeza, pasividad, ebriedad y más males de nuestros indígenas o los proyectos de “Civilización o Barbarie” que los hijos de Sarmiento continúan planificando para las comunidades campesinas.

### 3. Hegel y la filosofía latinoamericana

Las *Lecciones de la Filosofía de la Historia*, por el mismo carácter de sus contenidos, han incidido, han dificultado y ha favorecido el desarrollo de algunas problemáticas que venían madurando nuestros pensadores. El desvelamiento y la oposición a las disquisiciones hegelianas han servido para reforzar tesis muy propias del pensar latinoamericano. Veamos algunas de ellas.

En primer lugar, la afirmación sobre la historicidad de América, afirmación que ha tenido que pasar por la “negación” de la negación de que éramos objeto de parte del pensar hegeliano. Una dialéctica negativa frente al pensar dominador caracteriza nuestro pensar y la afirmación de nuestra presencia. El reclamado derecho a entrar a la Historia ha supuesto arrebatarlo a quienes cerraban el paso.



En la afirmación de la historicidad de América, negada por el dominador, tres notas nos parecen sobresalientes: la especificidad, la unidad real e histórica de América Latina y su diferencia radical con América del Norte.

### **a) *La especificidad de América Latina***

La Patria Grande es original, no es Europa aunque guarde una muy estrecha relación con ella. Tampoco es un trasplante, pues es una nueva sociedad, con función propia aunque futura en el proceso de la historia universal.

La búsqueda de la especificidad del ser de América, a nivel de reflexión filosófica, también tuvo que enfrentarse a Hegel, quien afirmaba:

“Puesto que la raza originaria desapareció, o poco menos, la población activa procede, en su mayoría, de Europa, y lo que tiene lugar en América viene de Europa. Europa arrojó a América su caudal sobrante de personas (...) En realidad, esta emigración ofrece muchas ventajas, pues los emigrantes se han despojado de buena parte de lo que en su país podía serles engorroso, y llevan consigo el tesoro de una autoconciencia y de una eficiencia; y para los que quieran trabajar esforzadamente y no hayan de encontrar en Europa con qué hacerlo, se les ha abierto ciertamente en América un lugar de acción”<sup>17</sup>.

En oposición a Hegel, muchos de nuestros pensadores se han esforzado por romper el cerco de un pensar de la Identidad o de la Totalidad, que incluye y absorbe al Otro, radicalmente Otro, al declararlo similar e intrascendente a sí mismo.

“Entre el pensar de la Totalidad, heideggeriana o hegeliana (...) se debe describir el estatuto de la revelación del Otro, antropológica en primer lugar, y las condiciones metodológicas que hacen posible su interpretación”<sup>18</sup>.

A lo largo de la historia de nuestro pensar la revelación de América o la actitud interrogativa sobre América ha cuajado en una serie de preguntas.

“Aparece lo que podría llamarse América como problema y este preguntar por América en cuanto problema se nos desgrana en un conjunto de interrogaciones, también inevitables: América: ¿es una o muchas?; América: ¿es naturaleza o historia?; América: ¿ha sido descubierta o encubierta?; ¿América posee voz o es continente mudo? Y otras preguntas más que podríamos hacernos, todas las cuales según sea la respuesta que les demos —o que se les haya dado— permitirán a su vez responder a las anteriores; si hay una cultura americana, “si hay o si es posible una filosofía americana”<sup>19</sup>.

En todo esto y detrás de todas estas preguntas, late el esfuerzo por afirmarse; la búsqueda amorosa y agónica, constante y anhelante, por siquiera sobrevivir frente a quienes no permiten vivir.

¿Qué de raro tiene haberse planteado estos problemas, cuando de parte de los grandes pensadores europeos lo que se recibía eran textos como estos?:

“América cae fuera del terreno donde, hasta ahora, ha tenido lugar la historia universal. Todo cuanto viene ocurriendo en ella no es más que un eco del Viejo Mundo y la expresión de una vitalidad ajena”<sup>20</sup>.

¿Qué de raro tiene que nuestra reflexión se haya planteado estos problemas: legitimar la reivindicación del ser de cada uno de nosotros que se nos negaba a todo nivel; resaltar el pasado que se nos indicaba no había existido; reclamar una cultura nacional, un pensamiento propio, una filosofía latinoamericana que no sea imitativa del pensar europeo y a la vez fruto de una “conciencia enajenada y enajenante”, cuando de parte de esos señores, tan bien informados de todo, ni siquiera nuestros paisajes eran bellos, ni nuestros pájaros tenían voz?

Los planteamientos hegelianos han servido, aunque su autor no lo haya querido, para hacer renacer el carácter dinámico de nuestra voz y de nuestra palabra, que se ha visto obligada a irse labrando en la lucha y no en la paz; que ha surgido, no para la integración a ese Todo, para su mantenimiento o justificación, sino más bien para su cambio o ruptura.

Esto explica el que nuestra reflexión sea más bien de “protesta” contra el discurso dominador; insurja como expresión de lo “nuevo” para lo cual reclama un sitio en la historia. Es de importancia recalcar estas notas de nuestra conciencia y de sus manifestaciones reflexivas. Ha sido este realismo, muchas veces mágico y cuajado de futuro, tan característico de las sociedades y grupos sometidos a la dominación, lo que ha salvaguardado lo mejor de nosotros mismos, a pesar de la crítica y los esfuerzos implacables de la “intelligentia” por desconocerlos.

Este realismo mágico, este realismo crítico es el que reclama el derecho y la capacidad de la filosofía para hacer profecías. He aquí otro aspecto más de confrontación con las disquisiciones hegelianas. Al contrario de Hegel que afirmaba en su prefacio a la *Filosofía del Derecho* que la “filosofía, por lo demás, llega siempre demasiado tarde. Como pensar del mundo surge, por primera vez en el tiempo, después de que la realidad ha cumplido su proceso de formación y está realizada (...) que el Búho de Minerva inicia su vuelo al caer del crepúsculo<sup>21</sup>”; los pensadores latinoamericanos entenderán la filosofía como lo pretendía Nietzsche en las primeras páginas de su *Voluntad de Dominio*: “voy a relatar la historia de los dos siglos que se aproximan”; y su símbolo, por lo mismo, ya no será el búho que levanta su vuelo al atardecer, sino la calandria que eleva sus cantos en la madrugada.

Este realismo mágico, este realismo crítico, supone también una reinterpretación de las funciones de integración y ruptura de la filosofía, tal cual ha sido entendida por Hegel. Recordemos qué es y cuál es la función que asigna Hegel a la filosofía, en base a uno de sus textos de la *Introducción a la Historia de la Filosofía*:

“La filosofía es idéntica al espíritu de la época en que ésta aparece; la filosofía no está por encima de su tiempo, ella es solamente la conciencia de lo substancial de su tiempo, o el saber pensante de lo que existe en el tiempo. De la misma manera, ningún individuo puede estar por encima de su tiempo; el individuo es hijo de su época; lo esencial de la época es su propia esencia; (...) Nadie puede salir de lo sustancial de su época, como nadie puede salir de su propia piel. Por consiguiente, en una consideración esencial la filosofía no puede saltar su propio tiempo”<sup>22</sup>.

Nuestros pensadores más bien mostrarán que la filosofía puede saltar su propio tiempo y no sólo saltar, sino quebrar, romper y denunciar su propia época, en cuanto la función de ruptura ínsita al concepto, surge espontáneamente como modo de la conciencia condicionada por las contradicciones que la oprimen en su desarrollo. La filosofía brota de los hechos históricos dentro de los cuales se destacan las estructuras sociales, en cuyo marco nace toda filosofía y dentro de los cuales es oprimida o liberada<sup>23</sup>.

En resumen, los principios hegelianos: el concepto contiene en su seno todos los desarrollos; ontológicamente hablando no hay novedad; el agente de la historia es el portador del concepto; la filosofía del sujeto debe predominar por su primacía sobre la filosofía del objeto... en cuanto paralizan la historia han sido y tendrán que seguir siendo, en forma renovada rechazados; la filosofía latinoamericana, consciente o inconscientemente en sus exponentes más notables deberá continuar siendo un rechazo a esos principios.

Hegel, en cuanto imagen invertida, es uno de los mejores campos para que una filosofía de liberación vaya mostrando cómo muchos de nuestros pensadores, de ahora y de antes, aun sometidos a ideologías de dominación importadas como pretendidas formas de filosofía universal, supieron desconfiar de ellas y supieron hasta usarlas en beneficio de nuestra afirmación de hombres<sup>24</sup>.

Hegel, en cuanto imagen invertida puede servir para la construcción de una dialéctica de la apertura y la novedad y no del enclaustramiento y lo dado; para

una dialéctica de ruptura y no de mantención del *statu quo*; para una dialéctica en la que el agente de la historia sea el marginado que tanto despreció Hegel bajo el rótulo de “populacho” por haber perdido el sentimiento del derecho, de la legitimidad y de su propio trabajo<sup>25</sup>.

### **b) *La unidad real e histórica del ser de América Latina***

Otra nota característica de nuestro pensar es que sin descontar las diferencias que entre Río Grande y el Cabo de Hornos es obvio que se den, insiste en la existencia de una estructura unitaria en el ser de América: lengua y raza, procesos históricos similares en pasado y problemas comunes en el presente, exigencias de unidad de destino y requerimientos hacia una necesaria liberación, etc.

Diferentes camadas de pensadores nos han venido recordando, a lo largo y ancho de nuestra historia, esta estructura unitaria. En los primeros días de la República: Echeverría y Alberdi y los “próceres de la emancipación mental” como los bautizara el Prof. Zea; en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del presente: Rodó, Caso, Vasconcelos, A. Ponce, Mariátegui, y muchos más; en la década del sesenta: Salazar Bondy, Zea, Roig... y últimamente el amplio movimiento de “filosofía de la liberación”.

Por el momento no nos interesa sino comprobar un hecho; hecho que ha sido reforzado, más por la reflexión filosófica, por hitos como nuestra independencia, nuestra común estructura económica dependiente, etc.

En este aspecto la percepción de Hegel fue correcta; él se dio cuenta de que históricamente América estaba compuesta de dos unidades irreconciliables:

“América se halla dividida en dos partes, unidas por un istmo, si bien dicho istmo no llega a facilitar las comunicaciones entre ambas. Más bien ha de decirse que las dos partes permanecen separadas del modo más cierto”<sup>26</sup>.

### c) *La contienda entre América del Norte y la del Sur*

También en este aspecto se mostró acertada la visión de Hegel:

“Por lo dicho, América es el país del futuro en el que, en los tiempos que van a venir –acaso en la contienda entre América del Norte y la del Sur–, debe revelarse la trascendencia de la historia universal; es un país de ilusiones para todos aquellos a quienes hasta el arsenal histórico encerrado en la vieja Europa”<sup>27</sup>.

Hegel marca algunas diferencias entre ambas Américas:

“...en primer lugar la geográfica ya que la del Norte, por la misma posición de sus ríos y cordilleras aventaja a la del Sur que lastimosamente posee extensos valles no demasiado apropiados para dar pie al florecimiento de países cultos, ya que más bien se trata, únicamente, de dilatadas estepas”<sup>28</sup>.

Luego Hegel señala las diferencias políticas. También en esto América del Norte aventaja a la del Sur (en este aspecto la superioridad produce un “asombroso contraste”):

“En Norteamérica vemos prosperidad, tanto a través de un incremento de industria y de población como por la organización ciudadana y una sólida libertad; toda la Federación constituye un Estado y tiene sus centros políticos. Por el contrario, en América del Sur las Repúblicas se basan tan sólo en el poder militar, toda su historia es una continua revuelta; algunos estados federados se disgregan, otros vuelven a unirse, y todos esos cambios debidos a revoluciones de tipo militar”<sup>29</sup>.

En tercer lugar señala las diferencias de índole religiosa. Ciñéndose a sus anteriores escritos sobre las religiones, inclina favorablemente su pluma hacia el protestantismo al mismo tiempo que recalca las deficiencias del catolicismo:

“De la religión protestante tomó su origen la confianza recíproca entre las personas y el fiarse de sus propósitos, pues en la iglesia protestante las obras religiosas cogen la vida por entero y su actividad en general. Por el contrario, entre los católicos no puede darse la base para una semejante confianza, pues en las cosas del mundo impera tan sólo la fuerza y la sujeción voluntaria, y las formas que aquí se llaman constituciones son únicamente una ayuda necesaria y no preservan de la desconfianza”<sup>30</sup>.

Finalmente, Hegel indica que América del Sur fue conquistada, mientras que la del Norte tan sólo fue colonizada. Juzga que el carácter tiránico de la conquista española fue mucho más grave que el aniquilamiento que realizaron los ingleses de los nativos de esas tierras; falseando los hechos, calla el exterminio de la “colonización” inglesa y por ende no sopesa en su justo valor el carácter de la conquista española, que, sin acallar sus errores, nunca alcanzó la virulencia que se dio al Norte:

“Los españoles se apoderaron de América del Sur para señorear y enriquecerse tanto mediante los cargos políticos como la exacción. Al depender de una metrópoli muy alejada, su arbitrariedad pudo hallar un vasto campo, y alcanzaron una gran preponderancia sobre los indios a base de fuerza, habilidad y orgullo. Por el contrario, los Estados libres norteamericanos han sido colonizados enteramente por europeos”<sup>31</sup>.

Con esta visión somera del problema Hegel apunta a un dato básico del pensar latinoamericano, su separación y enfrentamiento con el vecino del Norte que ha terminado por constituirse en último y más agresivo representante de la dominación.

También en este punto, una larga lista de nombres han ido labrando una constante de nuestra reflexión. El enfrentamiento y denuncia de la dominación es una tarea que se ha ido cumpliendo y se ha de seguir cumpliendo, desde horizontes de comprensión diversos, que permitan ahondar cada vez más aquel estado de dominación que asume formas y grados diversos con el correr del

tiempo. Hoy en día asistimos a un nuevo y sorprendente desarrollo del mismo y por ende, otra vez se retomará esa antorcha que pensadores del pasado levantaron.

En la medida en que la visión de Hegel refuerza esa dominación, en la medida en que sus contenidos se encuentran vertidos en nuestros textos escolares, en los esquemas de interpretación de nuestra historia, en muchas de nuestras expresiones culturales, la tarea de limpieza será siempre un renovado reto, cuánto más hoy que la penetración cultural se introyecta y penetra más allá de la piel, en lo más recóndito de nosotros mismos.



## Notas

<sup>1</sup> HEGEL, G. F.: *Filosofía del Derecho*, § 246.

<sup>2</sup> Cfr. ROIG, A. A.: *Los Krausistas Argentinos*. Ed. Cajica, México, 1969.

<sup>3</sup> HEGEL, G. F.: *Lecciones de Filosofía de la Historia*. Ed. Zeus, Barcelona, 1970. Traducción de don José María Quintana.

<sup>4</sup> Ídem, p. 110.

<sup>5</sup> Ídem, p. 104.

<sup>6</sup> Ídem, p. 105.

<sup>7</sup> Cfr. CERUTTI, HORACIO: "América en las utopías del renacimiento", *Nuevo Mundo*, N° 5 (enero-junio 1973), pp. 51-89.

<sup>8</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditación del Pueblo Joven*, pp. 74-75. Emecé Editores, Bs. As., 1958.

<sup>9</sup> HEGEL, W. F.: *Lecciones de Filosofía de la Historia*, p. 110.

<sup>10</sup> Cfr. ídem, p. 105.

<sup>11</sup> Ibid, p. 105.

<sup>12</sup> Ídem, p. 106.

<sup>13</sup> Ídem, p. 105.

<sup>14</sup> Ídem, p. 107.

<sup>15</sup> Ibídem, p. 105.

<sup>16</sup> ROIG, ARTURO: "Algunas pautas del pensamiento latinoamericano", *Revista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador*, Jun. 75, N°9, pp. 157-158.

<sup>17</sup> HEGEL, W. F.: Op. cit., p. 106.

<sup>18</sup> DUSSEL, ENRIQUE: "El método analéctico y la filosofía latinoamericana", en *Nuevo Mundo*, N°5 (enero-junio 1973), p. 116.

<sup>19</sup> ROIG, ARTURO: *Algunas pautas del pensamiento*. pp. 151-152.

<sup>20</sup> HEGEL, W. F.: Op. cit., p. 110.

<sup>21</sup> HEGEL, W. F.: *Filosofía del Derecho*. Ed. Claridad, Bs. As., 1968, pp. 36-37.

<sup>22</sup> HEGEL, W. F.: *Introducción a la Historia de la Filosofía*. Ed. Aguilar, Bs. As., 1971, pp. 105-106.

<sup>23</sup> Un análisis más exhaustivo de las funciones de integración y ruptura del concepto *filosofía* puede consultarse en mi trabajo de tesis doctoral: *El discurso filosófico y el discurso político, su estudio en R. Garaudy*, Primera Parte.

<sup>24</sup> Cfr. ROIG, ARTURO: *Algunas pautas del pensamiento...*, p. 164. Cfr. ZEA, LEOPOLDO: *La Filosofía Americana como filosofía sin más*. Ed. Siglo XXI, 3ª edic., pp. 32 ss.

<sup>25</sup> Cfr. HEGEL, W. F.: *Filosofía del Derecho*, 245.

<sup>26</sup> HEGEL: op. cit., pp. 106-107.

<sup>27</sup> Ídem, p. 110.

<sup>28</sup> Ídem, p. 107.

<sup>29</sup> Ibídem, p. 107.

<sup>30</sup> Ídem, p. 108.

<sup>31</sup> Ibídem, p. 108.